

El origen de la cultura electrónica

Sergio González Rodríguez *

Desde Nortec hasta Loveparade, desde los primeros DJ y VJ en los bares capitalinos hasta la venta de sintetizadores, teclados, samplers y tornamesas en la calle de Bolívar del centro capitalino, desde las experimentaciones tecnomusicales de garage hasta el festival de música electrónica culta del mes pasado, desde las miles de horas-oído que los fanáticos han invertido en tal tendencia hasta el *slogan* que dice lo *tecnos fusión*, tengo la hipótesis de que la cultura electrónica llegó a México el día en que un muchacho cayó víctima de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* en una de las "islas" de Ciudad Universitaria.

Antes de narrar el infortunio de la víctima, apuntaré que mi hipótesis, mala o buena en sí —sólo el tiempo lo dirá—, es otro signo más de la generalizada manía que los egresados de la UNAM tenemos de centralizar el cosmos, la vía láctea, el sistema solar, el planeta Tierra, la Historia, el Futuro, la Metafísica, el fútbol o las mujeres, además del propio género humano desde el origen de la especie hasta el día de ayer, en torno de la propia UNAM. Esta es mi modesta aportación a dicha manía.

Así como se dice que los periodistas, los japoneses workcoholics o los priistas de tiempo completo carecen de vida privada de tanto que se clavan en su rollo, los universitarios todo lo explicamos en función de la UNAM.

Antes de contar el infortunio de la víctima aquella de un rayo, y antes aun de ampliar mis reflexiones sobre el unamcentrismo en tanto patología, me

siento obligado a contar una anécdota: años atrás fui a pedir trabajo en un medio comunicativo que dirigía un disciplinado y entusiasta militante del *ancien régime*, quien me ofreció —y se lo agradezco— una gran oportunidad que rechacé de inmediato.

Se trataba de hacer mucho con nada: salario insignificante (era lo que había), nulos recursos, hartas promesas, grilla a granel y, eso sí, el orgullo de trabajar para una institución cuyo prestigio se ostentaba en la posesión de una "charola" auténtica. Nada de baratijas: una verdadera credencial de periodista que serviría —dijo entre bromas mi imposible director— incluso para "extorsionar puesteras ambulantes".

¡Ah Chihuahua!, me dije a mí mismo: extorsionar puesteras ambulantes... extorsionar puesteras ambulantes... extorsionar puesteras ambulantes... repetí como si fuese una salmodia oriental. "No, me temo que no me atrae el trabajo", le dije a mi decepcionado interlocutor. Para no ser tan descortés, añadí: "¿A qué horas te encuentro para llamarte en una semana, y decirte mi respuesta definitiva?" Replicó, impertérrito: "Yo estoy aquí las 24 horas del día".

¡¡¡¿Las 24 horas?!!!, pensé. Entonces, como un relámpago, tuve una intuición: el día que sepas responder ese tipo de cosas, estás perdido. Jamás seré —gracias a Dios— ni un japonés workcoholic, tampoco priista —mucho menos de tiempo completo—, aunque sí funjo algunas horas como periodista cada semana —con bastante vida privada. ¡¡¡¿Las 24 horas?!!! "mis huevos qué", dije entre dientes al salir —como digo ahora. Claro, aquel enjundioso polítri-

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista



nuestra ciudad, con casas de descanso en Valle y toda clase de pensiones institucionales.

Se habla mucho de la pérdida de atributos intelectuales entre los estudiantes universitarios; en cambio, disimulamos el empobrecimiento del capital intelectual de nuestros profesores y de nuestros investigadores. ¡Lástima! Ernesto Mejía Sánchez ya no volverá a dictar cátedra sobre Darío. Y con ello, pierde Darío, pierden nuestros alumnos y perdemos todos. ¿Alcanzo a explicarme? No escribo aquí un elogio del pasado por el pasado en sí; escribo un treno por los bienes intelectuales dilapidados gracias a las nuevas reglas del juego. Quien piense que fustiga a trasmano a algún colega, se equivoca: lamenta nuestra suerte común. De seguir así las cosas, la universidad perderá su razón de ser en el cuadro de nuestras instituciones dedicadas a la preservación y el estudio de nuestro patrimonio literario. *

co quería presumir que entregaba el día completo a su causa, pero llegaba al grado de externar semejantes mamadas. ¿Quién se lo iba a creer? Uh, sí: me chupo el dedo, mmh.

Debo plantear un paréntesis aclaratorio: estoy en contra de la gente que toma en forma literal las expresiones coloquiales, pero en el episodio referido no se trató de tal propósito lingüístico, sino de un aserto más pícaro que figurado o presuntuoso. Qué se va a hacer.

Así pues: antes de contar el infortunio de la víctima de la que hablé al principio, antes de ampliar mis reflexiones sobre el unamcentrismo en tanto patología, antes de explicar el asunto de la picaresca política en México, debo comentar que tengo una amiga —madre de un brillante niño de 7 años— que está obsesionada con el caso del padre Marcial Maciel y Los legionarios de Cristo y...

Basta. Está bien: retomaré el hilo del relato. Volvamos a lo básico, al origen. Decía yo que tengo la hipótesis de que la cultura electrónica llegó a México el día en que un muchacho cayó víctima de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* en una de las "islas" de Ciudad Universitaria. Oqueei.

Era un día lluvioso y las hojas de los árboles se agitaban al ritmo de una brisa leve, pero continua. El agua escurría en riachuelos hacia las coladeras, mientras en los prados se colaba hacia el subsuelo hasta el grado de molestar a las hormigas que, por estar dedicadas a trabajar las 24 horas del día, jamás previeron que aquella vez iba a llover, y por lo tanto descuidaron hacerse de paraguas e impermeables subterráneos —aunque parezca mentira, según saben los expertos en Biología de la UNAM, las hormigas tienen sus respectivas protecciones contra la humedad y las lluvias.

De los pasillos que unen la Facultad de Derecho y la de Filosofía y Letras hacia los prados, se vio caminar la figura descuidada, ajena a la molestia del

chipi-chipi, de un joven con indumentaria negra que portaba un maletín. Se encaminaba a la antigua Biblioteca Central (Salvador Novo decía que es un edificio saturado de calcomanías en su exterior). Al llegar a la altura del balcón del primer piso de la Facultad de Filosofía y Letras —justo arriba del "Aeropuerto"—, el joven aquel desvió su rumbo para guarecerse en uno de los pequeños agrupamiento arbóreos que aquí y allá cubren el campus.

Se arrimó bajo la clara sombra —¡Clara, dónde estás, Clara!, perdón, pero cada vez que escribo esta palabra, lloro— de un pequeño árbol. De su maleta, extrajo un paquete. Lo desenvolvió. Sus ojos parpadearon de impaciencia. La *canabhis* índica, seca y flamante, salvavidas en medio de la tormenta, brilló y fue espolvoreada en un expedito trozo de papel arroz. El muchacho le dio un par de sabios salivazos a sendas puntas... Y a darle, maestro. El humo del toque rivalizaba con la lluvia en sus poderes melancólicos. Pero, como se sabe, la dicha es efímera. Y, a veces, el destino se vuelve una bestia de crueldad.

Cuando más inmerso estaba en sus pensamientos, —qué lejos él de imaginar que, un par de años después, un grupo de intelectuales irresponsables, entre los que me cuento yo, difundiría un manifiesto a favor de la legalización de las drogas, mejor dicho, de la marihuana; qué distantes sus neuronas se hallaban del sueño, que se convertiría en pesadilla, de ver llegar a un gobierno de oposición a la presidencia de la

República; qué remoto habría sido siquiera alucinar que yo, el que esto escribe, caería en los brazos nefandos, un día contará porqué, de una mujer asaz ingrata mejor conocida como "El Compadre"—; cuando más abstruso —repito— aquel muchacho se entregaba a los paraísos artificiales, cayó la furia de la naturaleza bajo la imagen luminosa de un rayo, cuyo relámpago fue, de tan próximo, simultáneo a un tronido estremecedor que dio cuenta no sólo del adicto aquel, sino del pobre arbolito que, pese a todo, quiso cobijarlo. Carbón eres, y en carbón te convertirás.

La mixtura de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* sobre el cerebro del muchacho aquel y sus 80 mil millones de neuronas ahumadas con el potenciador de la *cannabis* índica, originaron en el cielo un espectáculo similar a una aurora boreal que estalló —fuerza ignota, plena de relumbres renovadores— en los cerebros de los mexicanos y las mexicanas que tienen ahora en promedio 22 años de edad. México entró así en la era de la cultura electrónica y *Big Brother* (el programa televisivo).

Si Antonio Velasco Piña ha creado todo un movimiento religioso en torno de la sacrificada Regina el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas, ¿por qué no he de crear yo, universitario poco eminente, pero universitario al fin, un héroe y santo como lo es aquel olvidado pacheco de las Islas? Podéis ir en paz, la historia ha terminado. *

